

si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderias que no están escritas, ¿qué juicios nos hemos de formar de estos ministros? ¿Cuál de su virtud? ¿Y cuál de lo recto de la administracion espiritual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, seria preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

Aquí sacó mi padre su reloj y me dijo: ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aun no te he dicho todo cuanto necesitas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

CAPITULO X.

Concluye el padre de Periquillo su instruccion. Resuelve éste estudiar teologia. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio; él se resiste, y se refieren otras cosillas.

QUENAMOS muy contentos como siempre, y nos fuimos á acostar como todas las noches. Yo no pude ménos que estar rumiando lo que acababa de decir mi padre, y no dejaba de conocer que me decia el credo; porque hay verdades que se meten por los ojos, aunque uno no quiera; pero por mas que me convencian las razones que habia oido, no me podia resolver á estudiar cánones ó teología, que era el intento de mi buen padre; pues así como me agradaba la vida libre y holgazana

hayan salido de México ó de otras ciudades; pues los que hemos andado por los pueblecillos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubiéramos visto, porque hemos presenciado otros mas lastimosos en su línea; y yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

así me fastidiaba el trabajo. Finalmente, yo me quedé dormido, haciendo mis cuentas de cómo conseguiria ser clérigo para tener dinero sin trabajar, y de cómo eludiria las buenas intenciones de mi padre. En esto se desvelan muchos niños sin advertir que se desvelan en su ruina.

Al otro dia despues que vino mi padre de misa, me llamó á su cuarto y me dijo: no quiero que se nos vaya á olvidar la contestacion de anoche. Te decia, Pedro, que los pueblos padecen mucho cuando sus curas y vicarios son ignorantes ó inmorales; porque jamás las ovejas estarán seguras ni bien cuidadas en poder de unos pastores necios ó desidiosos: y todo esto te lo he dicho para probarte que la sabiduría nunca sobra en un sacerdote, y mas si está encargado del cuidado de los pueblos; y para mayor confirmacion de mi doctrina, oye.

En los pueblos puede haber, y en efecto habrá en muchos, algunas almas místicas y que aspiren á la perfeccion por el camino ordinario, que es el de la oracion mental. ¿Y qué direccion podrá dar un padre vicario semi lego á una de estas almas, cuando por desidia ó ineptitud no solo no ha estudiado la respectiva teología, pero ni siquiera ha visto por el forro las obras de Santa Teresa, la Lucerna mística del padre Esquer-ra, los desengaños místicos del padre Arbiol, y quizá ni aun el Kempis ni el Villacastin? ¿Cómo podrá dirigir á una alma virtuosa y abstracta el que ignora los caminos? ¿Cómo podrá sondear su espíritu ni distinguir si es una alma ilusa, ó verdaderamente favorecida, cuando no sabe qué cosa son las vias purgativa, iluminativa, contemplativa, y unitiva? ¿Cuando ignora qué cosa son revelaciones, éxtasis, raptos, y deliquios? ¿Cuando le coge de nuevo lo que son consolaciones y sequedades? ¿Cuando se sorprende al oír las voces de ósculo santo, abrazo divino, y desposorio espiritual? ¿Y cuando (por no cansarte con lo que no entiendes) ignora del todo los primores con que obra la divina gracia en las almas espirituales y devotas?

¿No es verdad? ¿No conoces tú que si te pusieras á llevar un navío á Cádiz, á Cavite ó á otro puerto, con las luces que tienes de pilotage (que son ningunas) seguramente darías con la embarcacion infeliz que se te confiara en un banco, en un arrecife, ó en un golfo sin llegar jamás por jamás al puerto de su destino? Esto lo debes comprender porque la comparacion es muy sencilla. Pues lo mismo sucede á estos infelices vicarios *Lárragos* á secas, que apenas saben absolver á un pecador comun, (como los indios que no saben mas que llevar una canoa á *Ixtacalco*). Ellos los pobres son ciegos, y las almas que aspiran á entrar por la via de la perfeccion, tambien son ciegas, y necesitan una buena guia que las dirija. No la hallan en los directores modorros, y sucede que (á no ser por un favor especial de la gracia) ellas ó se entibian ó se pierden; y las guias ó se confunden, ó se precipitan en los errores de la ilusion que ellas les comunican.

Esta es una verdad terrible; pero es una verdad que no negará ningun sacerdote sabio. Yo lo que veo (y que confirma mi opinion en el particular) es: que los sacerdotes virtuosos, santos y doctos, son muy escrupulosos para confesar y dirigir monjas y otras almas espirituales, y cuando las dirigen son muy eficaces para no dejar de la mano la sonda de la doctrina y la prudencia. A mas de esto, consultan con el teólogo por esencia, con Dios digo, en los ratos de oracion que tienen, y como saben que deben hacer cuantas diligencias humanas estén en su arbitrio para conseguir el acierto, consultan las dudas que tienen con otros varones sabios y espirituales. Esto veo, y esto me hace creer lo contingente que será el acierto de la direccion espiritual de unas almas místicas fiado á unos pobres clérigos casi legos, que apenas saben lo muy preciso para decir misa y absolver al penitente en virtud de la promesa de Jesucristo.

De manera, hijo mio, que estoy firmemente persuadido que

si la Iglesia santa pudiera hacer que todos sus ministros fueran teólogos y santos, no omitiria sacrificio alguno para conseguirlo; pero la escasez de varones y talentos tales como los necesarios, hace que provea á los fieles de aquellos que se encuentran tal cual útiles para la simple administracion de los Sacramentos.

Aun hay mas. Ya te dije que los sacerdotes son los maestros de la ley. A ellos toca privativamente la esplicacion del dogma y la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Ellos deben estar muy bien instruidos en la revelacion y tradicion en que se funda nuestra fe, y ellos en fin, deben saber sostener á la faz del mundo lo sólido é incontrastable de nuestra tanta religion y creencia.

Pues ahora, supongamos un caso remoto, pero no imposible. Supongamos, digo, que un pobrecito vicario de estos de que hablamos, ó un religioso hebdomadario, ó que llaman de *misa y olla*, tiene con un herege una disputa acerca de la certeza de nuestra religion, de la justicia de su dogma: de lo divino de sus misterios; de la realidad del cumplimiento de las profecías: de lo evidente de la venida del Mesías: del cómputo de las semanas de Daniel ó cosa semejante (advirtiendo que los hereges que promueven ó entran en estas disputas, aunque son ciegos para la fe, no lo son para las ciencias. He vivido en puerto de mar, y he conocido y tratado algunos) ¿cómo conocerán sus sofismas? ¿Cómo eludirán sus argumentos? ¿Cómo distinguirán su malicia de la fuerza intrínseca de la razon? ¿Y cómo podrá salir de sus labios la verdad triunfante y con el brillo que le es tan natural? Ello es cierto que si solo el *Ferrer*, el *Cliquet*, el *Lárraga* ú otro sumista de moral semejante fueran bastantes para contrarestar á los hereges, no sé como hubiera salido S. Agustin con los maniqueos, S. Gerónimo con los donatistas, ni otros santos padres con otras chusmas

de hereges y heresiarcas á quienes combatieron y confundieron con brillantez y solidez de argumentos.

De todo lo dicho debes concluir, Pedro mio, que para ser un digno sacerdote no sobra con saber lo muy preciso; es necesario imbuirse y empaparse en la sólida teología, y en las reglas ó leyes eclesiásticas que son los cánones de la Iglesia.

„Agrega á esto, que es tan peculiar al sacerdote la literatura, que á mediados del siglo XIII no eran promovidos al sacerdocio sino los literatos, segun la novela de Justiniano 6, cap. 4 y 123, cap. 12. De modo que Juliano el antecesor escribia: *El que no es literato no puede ser clérigo*. Sucedió que para significar un hombre docto y literato, empezó á usarse el nombre de *clérigo*, y el de *lego* para denotar un ignorante ó que no sabia las letras, de donde provino tambien que á los legos doctos se les daba el título de *clérigos*; y por el contrario, los eclesiásticos no literatos eran llamados tambien *legos*. *Se le llama clérigo* (son palabras de Oderico Vital en el lib. 3) *porque está imbuido en el conocimiento de las letras y de las demás artes*. En la Crónica Andrense leemos tambien las siguientes palabras: *Con la anuencia de algunos romanos, hizo que se le subordinase cierto español muy clérigo llamado Burdino*. Y en la historia de los obispos de Eistet: *Este obispo Juan fué gran clérigo en el Derecho Canónico*, esto es, gran letrado. El mismo significado se observa que tuvo antiguamente en la lengua francesa, pues *clerc* queria decir lo mismo que *docto*, como tambien *clérigo*, lo mismo que ciencia y doctrina.”

Toda esta erudicion y alguna mas, la recogió el señor Moratori en su opúsculo titulado: *Reflexiones sobre el buen gusto*, cap. 7, fol. 70, 71 y 72, donde lo podrás ver, confirmando que para merecer el nombre de clérigo, es menester ser literato; y de lo contrario, el que no lo sea, no será un padre clérigo, sino un padre *lego*.

Harto te he dicho, y así si quieres ser eclesiástico, dime ¿qué te resuelves á estudiar?

Viéndome yo tan atacado, no hubo remedio, respondí á mi padre que estudiaria teología, y á los dos dias ya era yo cursante teólogo, y vestia los hábitos clericales.

No tardé mucho en ver en la universidad á mi amigo Pelayo, á quien dí parte de todo lo que me habia ocurrido con mi padre, y cómo yo no pudiendo escaparme de sus insinuaciones, elegí estudiar teología. Ello será un perdedero de tiempo, supuesto que no te gusta el estudio, me dijo mi amigo; pero si no hay otro remedio, ¿qué se ha de hacer? A veces es preciso contemporizar con los viejos ideáticos, aunque uno no quiera, aunque sea para engañarlos, miéntras se realizan nuestros proyectos. Mi padre tambien es del tenor siguiente: ha dado en que estudie cánones á *fortiori*, esto es, quieras que no quieras; y aun me habla de licenciaturas y borlas; pero yo que no soy vanidoso, no pienso en eso: lo que quiero es acabar mis cánones bien ó mal: alcanzar el gradillo: ordenarme y quitarme de libros ni quebraderos de cabeza. Tú puedes hacer lo mismo: aguanta tus cursos de universidad con la paciencia que un purgado, y cuando ménos lo pienses te hallarás hecho un bachiller teólogo, que para el caso de que digan que lo eres, con eso basta.

Ni es menester que te des mala vida ni te derritas los sesos sobre los libros. Estudia de carrera lo que te señale tu catedrático, enséñate á manejar el *ergo* por imitacion, y frecuenta la universidad, porque los cursos importan, hijo; los cursos son mas precisos que la ciencia misma, para lograr el grado.

Bien saben y sabemos, que á lo que vamos los mas estudiantes á la universidad, no es á aprender nada, sino á *cuaajar* un rato unos con otros; pero lo cierto es, que el que no tiene su certificacion de haber cursado el tiempo prefinido por estatuto, no se graduará, aunque sea mas teólogo que Santo Tomas;

y si la tiene, él será bachiller, aunque no sepa quien es Dios por el padre Ripalda; pero ello es que así la vamos pasando, y así la pasarémos tú y yo con mas descanso.

Yo apenas falto de la universidad tal cual vez; pero del colegio sí me deserto con frecuencia. Los domingos, juéves y fiestas de guardar, no tenemos clase por el colegio: y yo *salo** uno ó dos dias á la semana, ya verás qué poco me mortifico.

Esto es lo que harás tú, si quieres que no se te haga pesado el estudio de la teología. Acompáñate conmigo: arráncale á tu padre los realitos que puedas, y confía de mí en que no solo te pasarás buena vida, sino que te civilizarás, porque advierto que eres un mexicano payo, y yo te quiero sacar de barreras. Sí, yo te llevaré á varias casas de señoritas finas que tengo de tertulias: aprenderás á danzar, á bailar, á contestar con las gentes decentes. Fuera de esto, te sentaré en los estrados y haré que te comuniques con las damas; porque el trato con las señoras ilustra demasiado. Ultimamente, te enseñaré á jugar al villar, malilla de campo, tresillo, básiga y albures, que todas estas habilidades son partes de un mozo fino é ilustrado, y de este modo nos la pasarémos buena. Al cabo de un año tú no te conocerás, y me darás las gracias por los buenos oficios de mi amistad.

El cielo ví abierto con el plan de vida que me propuso Pelayo: porque yo no aspiraba á otra cosa que á holgar y divertirme; y así le dí las gracias por el interes que tomaba en mis adelantos, y desde aquel dia me puse bajo su direccion y tutela.

El inmediatamente trató de cumplir con sus deberes, llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas

* Los estudiantes entienden por *salar* faltar á la cátedra, no asistir á ella: y por *cuajar* (de cuya voz usó el A. poco ántes) ocuparse de cosas ajenas del estudio, charlando y pasando el rato, lo mismo que se entiende entre los artesanos y otros trabajadores por *matar el zapo*.—E.

medianamente decentes, y en las que vivian señoritas de título, como la *Cucaracha*, la *Pisa-bonito*, la *Quebrantahuesos* y otras de igual calaña.

Ya se deja entender que los tertulios y tertulias debajo de capas, casacas y enaguas, eran muchachas y jóvenes de primera tijera, esto es, mozos y mozas estragados, libertinos y tunos de profesion.

Con tan buenas compañías y la direccion de mi sapientísimo Mentor, dentro de pocos meses salí un buen bandolonista, bailarador incansable, saltador eterno, decidor, refranero, atrevido y *lépero** á toda prueba.

Como mi maestro se habia propuesto civilizarme é ilustrarme en todos los ramos de la caballería de la moda, me enseñó á jugar al villar, tresillo, tuti y juegos carteados; no se olvidó de instruirme en las cábulas del bisbis †, ni en los ardidés para jugar albures segun arte, y no así, así, á la buena de Dios, ni á lo que la suerte diera; pues me decia: *que el que limpio jugaba limpio se iba á su casa*, sino siempre con su pedazo de diligencia.

Un año gasté en aprender todas estas murrangas; pero eso sí, salí maestro y capaz de poner cátedra de fullería y *leperage* á lo decente; porque hay dos clases de tunantismo: una soez y arrastrada como la de los enfrazados y borrachos que juegan á la rayuela ó á la taba en una esquina: que se trompean en las calles: que profieren unas obscenidades escandalosas: que llevan á otras *leperuzcas* descalzas y hechas pedazos, y se emborrachan públicamente en las pulquerías y tabernas, y estos se llaman pillos y *leperos* ordinarios.

La otra clase de tunantismo decente, es aquella que se com-

* Pillo, zaragate. De esta voz se derivan las de que tambien usa el autor en distintas partes como *leperoge*, *leperuzca*, &c.—E.

† Con algunas alteraciones se llama hoy *Imperial*.—E.

pone de mozos decentes y estraviados que con sus capas, casaquitas y aun perfumes, son unos ociosos de por vida, cofrades perpetuos de todas las tertulias, cortejos de cuanta coqueta se presenta, seductores de cuanta casada se proporciona, jugadores, tramposos y fulleros siempre* que pueden: *cócoras** de los bailes, sustos de los convites, gorriones intrusos, sinvergüenzas, descarados, necios á nativitate, tarabillas perdurables y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales á la desdichada sociedad en que viven; y estos tales son pillos y *léperos* decentes, y de esta clase de *pilleria* digo, que pude haber puesto cátedra pública, segun lo que aproveché con las lecciones de mi maestro y el ejemplo de mis concursantes en el corto espacio de un año.

El pobre de mi padre estaba muy ageno de mis indignos adelantamientos, y muy pagado de Martin Pelayo, que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazon. En efecto, era hombre de bien y virtuoso, y como tales personas son fáciles de engañarse por las astucias de los malvados, entre yo y mi amigo teniamos alucinado á mi buen padre; porque yo era un gran pícaro, y Pelayo era otro pícaro mas que yo; y así entre los dos haciamos cera y pabilo de las creederas de mi padre que tenia por un mozo muy fino, arreglado y buen estudiante al tal tuno de Martin, y éste á mis escusas hacia delante de mis padres unos elogios encarecidísimos de mi talento y aplicacion, con lo que les clavaba mas la espina, esto es, á mi padre, que á mi madre no era menester nada de eso; porque como me amaba sin prudencia, mis mayores maldades las dis-

* Los que con groserías incomodan impudentemente á los que asisten á una diversion, ó á cualquiera otra concurrencia pública ó privada.—E.

culpaba con la edad, y mis menores me las pasaba por gracias y travesuras.

Pero así como la moneda falsa no puede correr mucho tiempo sin descubrir ó su mal trojel ó su liga; así la maldad no puede pasar muchos dias con la capa de la hipocresía sin manifestar su sordidez. Puntualmente sucedió lo mismo conmigo, pues mi padre un dia que yo no lo pensaba, me preguntó ¡que cuándo era mi acto? ¡O que si estaba en disposicion de tenerlo! Ciertamente, que si como me preguntó eso, me hubiera preguntado ¡quesi estaba apto para bailar una contradanza? ¡Para pervertir una jóven? ¡ó para amarrar un alburito? No me tardo mucho en responder afirmativamente, pero me hizo una pregunta difícil, porque yo con mis quehaceres, no pude dedicarme á otro estudio, de suerte que mi Biluart estaba limpio y casi intacto.

Sin embargo, era preciso responder alguna cosa, y fué: que mi catedrático no me habia dicho nada, que se lo preguntaria. No, me dijo mi padre, no le preguntes nada, que yo lo haré. En mala hora se encargó mi padre de semejante comision; porque fué al segundo dia al colegio, y le preguntó á mi maestro que en qué estado estaba yo de estudio? Y que si estaba capaz de sustentar un acto, le hiciese favor de avisárselo para hacer sus diligencias para los gastos.

Mi maestro, tan veraz como sério, le contestó: amigo, yo deseaba que vd. me viera para decirle que su niño no promete las mas leves esperanzas de aprovechar, no porque carezca de talento, sino por falta de aplicacion. Es muy abandonado: rara semana deja de faltar uno ó dos dias á la clase, y cuando viene, es á enredar y á hacer que pierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya vd. verá cuál será su aptitud, y cuáles sus adelantos. A mas de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo, y así vd. como buen padre vele sobre su conducta, y vea en qué lo ocupa con suje-

cion; porque si no, el muchacho se le pierde, y vd. ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (segun despues me dijo) y lleno de una justa cólera contra mí. ¡Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fué á casa al medio dia: me saludó con mucha desazon: se entró á la recámara con mi madre, y ésta como á las dos horas salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa.

Mi padre apenas comió, mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza y que ignoraba que era el eje sobre que se movia aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea gloton. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó se levantaron los manteles, y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad: esta tarde no vaya vd. al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecian.

Luego concebí que yo habia sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa, y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me queria, sino me adoraba, no tuve empacho para decirla: señora, ¡qué novedad será esta de mi padre? A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que habia acaecido á mi padre con mi maestro, y cómo estaba resuelto á ponerme á oficio.... ¡A oficio, (dije yo) á oficio? No lo permita Dios, señora. ¡Qué pareciera un bachiller en artes, y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¡Qué burla me hicieran mis condiscípulos? ¡Qué dijeran mis parientes? ¡Qué se hablará? Pues hijo, me contestó mi madre,

¡qué quieres que haga? Ya yo he rogado á tu padre bastante; ya se lo he dicho, ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerse: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darme gusto. Yo no sé qué hacer.... No llore vd., señora, la dije: yo sí sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues ¡qué ya se cerraron los cuarteles? ¡Ya se acabaron las casacas y el pan de municion? ¡Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decia mi madre. Nada, señora, le contesté; sino que ántes que aprender oficio, me meteré á soldado, á bien que tengo buen cuerpo, y me recibirán en cualquiera parte con mil manos.

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: ¡ay hijo de mi alma! ¡qué es lo que dices? ¡soldado? ¡soldado? no lo permita Dios! No te precipites ni te desesperes: yo volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios, y que es fuerza darte destino, veremos si te coloca en una tienda.... Calle vd. madre, le dije. Eso es peor. ¡Qué bien pareciera un bachiller, tiznado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos en vinagre? No, no: soldado y nada mas; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado el mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á vd. vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de este y otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazon á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y solo sirven estas lecciones, hijos míos, para encargarnos que mireis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fuí; ántes rogad á Dios no castigue los extravios de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sábío os

dice: *honra á tu padre, y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que á ellos les debes la vida, y págales lo que te han dado.*

Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró porque no fuera soldado, jurándome que se volvería á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que afligí tanto á su merced, no porque á mí me agradaba la carrera militar, y mas en clase de soldado, como que veia con horror todo género de trabajo,

¡Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla habia en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta: con eso se hubieran acabado mis bachillerías y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo despues que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de un rato salió mi padre ya con sombrero y baston, y me dijo: tome vd. la capa y vamos. Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado, se paró mi padre en un zahuan, y me dijo: amigo, ya estoy desengañado de que es vd. un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago, y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzua ni para la horca. Ahora mismo elige vd. oficio que aprender, ó de aquí llevo á vd. á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabia yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pude hacer mas que humillarme y pedirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre

tres días á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le habia venido por la pesadumbre que le dí, y el susto con que se quedó.

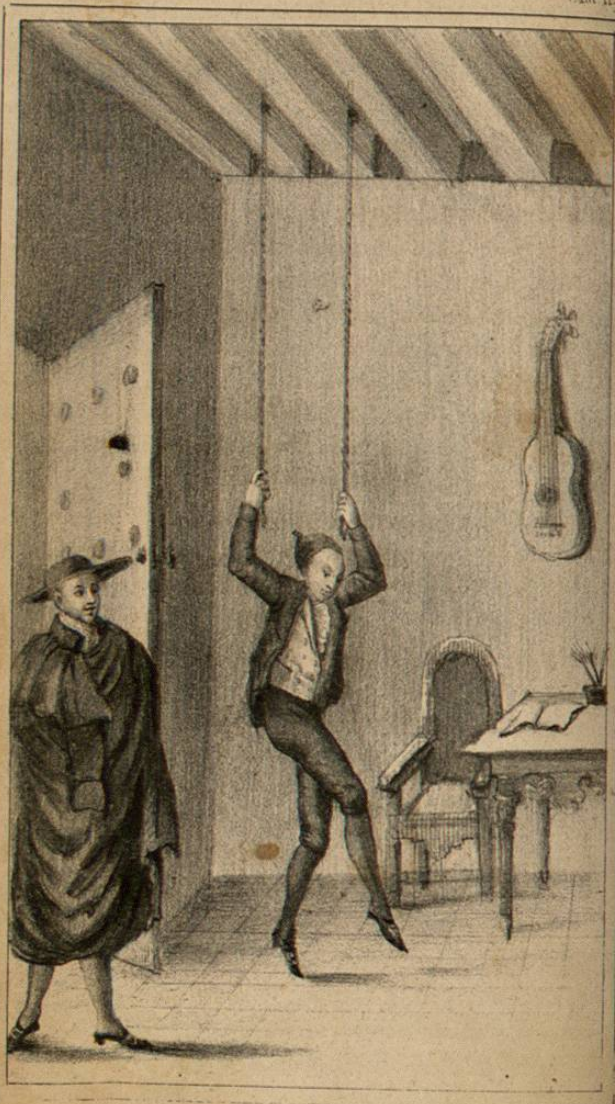
Ya se ha dicho que mi padre la amaba con estremo; y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo día ya estuvo mejor; pero sin dejar de llorar de cuando en cuando; porque ya yo le habia dicho la resolución de mi padre, y ella enmedio de su dolencia no se habia descuidado en suplicarle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contestó: que se restableciera de su achaque, y que ahí se veria lo que por fin se habia de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fué causa de que yo no las tuviera todas conmigo; porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparia yo de cualquier aprendizaje.

No sabiendo qué hacer para librarne de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurrí la traza mas diabólica que podia en lance tan apurado, y fué, ir á ver á mi caritativo preceptor y sábio amigo, el inclito Martin Pelayo. Con la confianza que tenia, me entré de rondon hasta su cuarto, donde lo hallé columpiándose de un lazo que pendia del techo, tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije: ¡qué es esto, Martin! ¿Te has vuelto loco ó estás aprendiendo á maromero? Entonces él me vió y me contestó: ni estoy loco, ni quiero ser volatin; sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras, y diciendo esto continuó sus cabriolas.

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije: suspende un poco



tus lecciones, que traigo un asunto de mucha importancia que comunicarte, y del que solo tu amistad puede sacarme con bien. El entónces muy cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y me dijo: no sabia yo que traías asunto, pero dí lo que se ofrezca, que ya sabes cuanto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuitas, rematando con decirle que para libertarme del deshonor que me esperaba en el aprendizaje, habia pensado meterme á fraile. El me oyó con bastante gravedad, y me dijo: Perico, yo siento los infortunios que te amenazan por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero supuesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó soldado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas de esas, es meterte á fraile, yo soy de tu mismo parecer; porque mas vale tuerta que ciega; peor es ser el sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre Fr. Pedro. Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus incomodidades inaguantables, como el estudio, la asistencia de comunidad, la observancia de las reglas, la subordinacion á los prelados y la sujecion ó privacion de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mí; pero todo es hacerse. A mas de que en cambio de esas molestias, tiene el estado sus ventajas considerables, como el honor de la religion que se estiende por todos sus individuos, aunque sean legos; el respeto que infunde el santo hábito, y sobre todo, hijo, el afianzar la torta para siempre. Ya verás tú, que estas conveniencias no las encuentra un artesano ni un soldado; y así me parece que lleves adelante tu pensamiento.

Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis designios, y á suplicarte te empeñes con tu padre para que me dé una esquila de recomendacion para que me admita tu tio el provincial de S. Diego; porque esto urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le quitará el enojo, y me verá de distinto modo.

Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo, ven mañana tem-

prano que yo haré que mi padre ponga la esquila esta noche. Con este consuelo me despedí de Martin muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á D. Martin el de la hacienda, á la señora su esposa la que me cascó el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Enero, que toda la familia habia venido á México á pasear; porque como todo fastidia en este mundo, los que viven en las ciudades buscan su diversion en el campo, y los que viven en el campo anhelan por la ciudad para divertirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satisfacer sus deseos; porque como la tristeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazon, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazon.

Luego que hube saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Enero y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversacion los míos, entre los que le conté mis aventuras, y la última resolucion que tenia de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa: sí, sí, Periquillo, vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile: no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben, sino lo que les está mas á cuento para sus fines particulares: quién hay que se ordene porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellania: quién que se casa con la primera que encuentra mas que no le tenga amor, ni con que mantenerla, solo por escaparse de una leva: quién que se meta á soldado porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoría que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto, solo por evitar éste ó el otro lance que considera serle peor; conque ¡qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio, ni ser soldado?

Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinacion; pero hermano, aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. El, es claro que me dijo muchas verdades, pero truncas. Si me hubieran dicho despues de ellas, que aunque así lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo comun estas trampas, y artificios de que se valen para eludir el castigo, escusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino mas breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que despues de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida; si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenia ni natural ni vocacion; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos.

A otro dia marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esquila de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un jóven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial, para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella fortuna que llaman de pícaro; porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esquila con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño, y me volví para casa.

CAPITULO XI.

Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo dia. Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.

Quando aquel dia lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise ir en esa

tarde, por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese por mí el empeño que habia ofrecido.

Nada ocurrió particular en este dia; y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de S. Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginacion la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos, y las dos manos metidas dentro de la copa del sombrero.

Con estas y cuantas exterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado: me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leia, á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco antes me habia ensayado, y le entregué la carta de recomendacion de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba abajo, me preguntó que si queria ser religioso de aquel convento. Sí, padre nuestro, respondí. ¿Y vd. sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso, y de la estrecha observancia de N. P. S. Francisco? ¿Lo ha pensado vd. bien? Sí padre, respondí. ¿Y qué le mueve á vd. el venir á encerrarse en estos claustros, y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad? Padre, dije yo, el deseo de servir á Dios. Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero ¿no se puede servir á su magestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre celestial son muchas, y muchos los caminos por donde llama á sus escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas,